

Todos mis amigos escriben. Excelente. A todos mis amigos les gusta escribir. Formidable. A mÃ- mismo no me disgusta escribir, aunque ya no lo haga. Escribir es bueno. Escribir las palabras. Escribir las cosas. Escribir el mundo. El mundo dentro de nosotros. Y el mundo fuera de nosotros. Todos mis amigos escriben. Todos mis amigos son escritores. Todos mis amigos hacen libros.

Y lo peor es que no lo hacen solamente mis amigos. Las otras personas tambiÃ-. Mis vecinos escriben: poemas. El seÃ±or que entregaba cartas ahora tambiÃ- escribe: libros de viaje, creo. La empleada del cafÃ© escribe novelas policiales, el funcionario del banco escribe novelas de amor; el dueÃ±o de la tienda de abarrotes, novelas histÃ³ricas. Mi madre escribe ficciÃ³n cientÃ-fica, mis hermanos escriben cÃ³mics, hasta nuestros primos mÃs lejanos escriben, creo que best-sellers, pero no estoy seguro, tal vez sÃ³lo ensayos de hermenÃutica neoambiental.

Ãsicamente mi padre no escribe, porque ya muriÃ³. Si estuviera vivo, por supuesto escribirÃ-a, y en su caso sÃ© que novelas picarescas. En los hospitales, todos los enfermos escriben y los mÃdicos que les prescriben las recetas tambiÃ- escriben. De literatura a literatura mÃdica, ni los enfermeros, ni los camilleros, ni los policÃ-as de turno o los funcionarios de la ventanilla de atenciÃ³n dejan, ni por un instante, de escribir.

Esta situaciÃ³n es preocupante. El gobierno ya anunciÃ³ que tomarÃ; medidas. No se excluye, admitiÃ³ el portavoz del gobierno, que se declare estado de emergencia. El portavoz del gobierno ya no habla; Ã©l mismo fue alcanzado por la enfermedad. Si por azar leÃ- lo que escribiÃ³, no sÃ© si Ã©l estaba hablando en serio â€œescribiendo en serioâ€ o si era sÃ³lo capÃ-tulo mÃs de su nueva (e interesantÃ-sima) ficciÃ³n policial. Con todo, debo de haber sido el Ãºnico que lo ha leÃ-do, bueno, uno de los pocos. Porque debe de haber mÃs como yo, quiero decir, tengo que partir de ese principio, ¿no? Conviene no confundir el hecho de que no conozca a nadie como yo con el hecho, aÃ³n por comprobar, de que no haya nadie como yo.

La enfermedad es altamente contagiosa. Hace que el Ã©bola parezca un virus de juguete; tal es la velocidad con que se reproduce y transmite. El periodo de incubaciÃ³n dura entre tres y seis horas, al cabo del cual la vÃ-ctima, hasta entonces una persona normal, se convierte en un... un escritor. Los hospitales estÃ;n reventando por las suturas, abarrotÃndose de gente hambrienta por sus dosis de papel y bolÃ-grafo. Y cada vez tienen que escribir mÃs, y tienen que aumentarles la dosis, porque cada vez tienen mÃs y mÃs ideas, mÃs y mÃs amor a la literatura, a las bellas palabras, a la poesÃ-a secreta que se esconde detrÃs de las bellas palabras â€œincluso de las feas, dicen los casos terminales.

Los cientÃ-ficos todavÃ-a no han podido aislar el virus, o encontrar un antÃ-doto, o simplemente identificar el origen de la enfermedad, o explicar su naturaleza, porque... pues, eso mismo, todos estÃ;n ocupados escribiendo. Hay personas que ya se han desvanecido y se han consumido por inaniciÃ³n. Nada de espantarse, es hasta bastante lÃ³gico, aunque escabroso: escriben, no comen, mueren.

Los accidentes ocurren en masa. Los despistes son mÃs que muchos. Por toda la ciudad se oyen explosiones. Los taxistas estÃ;n a punto de meter tercera, recuerdan una frase, se ponen a escribir, sueltan el volante y... es, es terrible.

Hasta los niÃ±os se ponen a escribir. Los que aÃ³n no saben el alfabeto inventan uno, o garabatean muÃ±ecos simbÃ³licos, e inventan historias, historias, historias. BebÃ³s de un aÃ±o, ¿quÃ© digo?, de meses, toman un bolÃ-grafo, un lÃpiz, y mueven las manitas cerradas hacia adelante y hacia atrÃs, con habilidad inaudita. Claro que acaban por rasgar el papel y garabatear todo el suelo, mÃs allÃ de las escasas fronteras de la hoja blanca, pero no les importa eso, continÃan, sin parar, escribiendo los SÃmbolos del Mundo. Y los padres tampoco se percatan de eso porque ellos mismos estÃ;n ocupados escribiendo, ¿y quÃ© es un suelo todo garabateado en comparaciÃ³n con un brillante cuento infantil donde una princesa ayuda a un caballero a no perderse en el bosque negro donde va a luchar contra un dragÃ³n maligno con la simple dÃjdiva de uno de sus bellos cabellos rubios? ¿Hum?

Ã Nunca se ha visto nada asÃ-. La situaciÃ³n es grave, toma proporciones calamitosas y no hay seÃ±ales de atenuarse. Me gustarÃ-a decirlo de otra manera, pero no hay otra forma de decirlo: el mundo corre el riesgo de sucumbir bajo el peso de tantas novelas, cuentos, ensayos, poemas. Los poemas son mÃs que las madres. Odas, elegÃ-as, Ãglogas, adagios, cuartetos, redondillas, dÃsticos, ditirambos, alejandrinos, pastorelas, quintanillas, dÃcimas, duodÃcimas, lÃ-totes, sonetos, sonetinos, sonatinas, cantigas de amigo, de amor, motetes.

No estoy siendo alarmista. La Tierra ya saliÃ³ ligeramente de su Ã³rbita. Y el nÃmero de escritores y poetas no dejÃ de aumentar a diario. Y el nÃmero de palabras escritas. Y de frases innovadoras: cortas, largas, frases de una sola palabra (Ã«Ã¶l. Dijo. Para. EllaÃ»). Frases sin comas durante doscientas pÃginas (Ã«No vale la pena dar aquÃ- un ejemplo tendrÃ-a que ocupar doscientas pÃginas pero Ã³sta es una pequeÃ±a muestra tal vez ya sirva para dar una idea o bien lo mejor es por lo menos gastar una media lÃ-nea mÃs con esta frase idiota de modo que la idea que se estaba intentando dar sea mÃs clara y convincente y creo que ahora ya llega el ejemplo ya estÃ dado creoÃ»), torniquetes y arrebatos de sintaxis que no juzgarÃ-amos posibles o razonables.

Una persona se pregunta siempre: ¿Ã¿QuÃ© mÃs van a inventar?Ã, o: ¿Ã¿Es que aÃ³n hay algo que inventar menos era lo que yo me preguntaba antes de la epidemia. Porque si hay algo que la enfermedad ha venido a demostrar es que las posibilidades de invenciÃ³n â€œy nuestras capacidades inventivasâ€ son inagotables. Es triste, pero es la dura realidad: la imaginaciÃ³n humana estÃ en continua expansiÃ³n, como el universo. La imaginaciÃ³n humana es un agujero negro, que todo consume, todo devora. Y la humanidad corre el riesgo de extinguirse a causa de eso. Por exceso de imaginaciÃ³n, por exceso de talento, por exceso de creatividad.

Francamente, hay un límite para tanta producción artística y cultural. O debería haberlo, porque, por lo visto, no lo hay.

Además, el tema de la calidad. Sí, porque, ¿quién soy yo para negarlo?, las personas no sólo escriben; además lo que escriben es bueno, es interesante, es válido, merece ser leído, tiene estilo personal, llega a ocupar un espacio en el espacio de la literatura que estaba por ocuparse porque no se sabía, antes de que se ocupara, que ese espacio existía y era ocupable. Cada persona crea su nicho con la misma avidez y la misma precisión milimétrica con que la golondrina construye su nido. Y, si es cierto que una golondrina no hace un verano ni un escritor llega a hacer la literatura, muchas golondrinas juntas, miles, millones, billones de golondrinas juntas llegan y sobran para hacer a raudales una caterva entera de veranos: sobre todo aquellas que llegan como brindis gratuito con una generosa porción de veranos, otoños y, por supuesto, inviernos. ¿ese es el quid.

Y es así también el genio del virus. Pone a la gente a escribir, y a escribir bien. Si les diera la voluntad, pero no talento, sería diferente. Un médico que descubre, al cabo de cientos de páginas, que se limita a parodiar a Fernando Namora, aún puede volver a ejercer la medicina, a hacer aquello para lo que realmente tiene capacidad. Una abogada que se da cuenta de que no todos podemos ser Agatha Christie todavía tiene una oportunidad para volver en sí y ser de nuevo útil a sus clientes. Pero ¿qué hacer con un obstetra que escribe páginas bellísimas? ¿Y con una litigante que nos deja con la duda acerca de quién es el criminal hasta el último párrafo? ¿Hum? Es triste. Es trágico. Es insostenible. Historias bien construidas, con indiscutible maestría, personajes creíbles, textos que comprenden la esencia de la cosa literaria: que no es en las palabras, sino más allá de ellas, que se encuentra la belleza del texto. *

Al principio hasta hubo una euforia colectiva; los periódicos hablaban de un «nuevo renacimiento», los críticos de un «momento impar» de nuestra literatura, los poderes públicos de la pujanza de una «nueva generación de creadores». Sólo después comenzaron los pequeños indicios de que podría haber algo equivocado en ese brote de talento, pero nadie pudo «o quisiera» ver lo que estaba sucediendo. Y, a decir verdad, en ese momento ya mucha gente estaba contaminada y había empezado a escribir, primero con cierta vacilación y sentido de responsabilidad, después cada vez más furiosamente, hasta la novela final.

¿Y ahora? Ahora el mundo es un lugar lúgubre, son tiempos ennegrecidos, oscuros. Y lo peor es cuando llega el invierno. En verano nadie echa de menos las hormigas, sólo las cigarras. Pero cuando llega el invierno... Los mercados están vacíos, no se distribuyen el pan y otros alimentos básicos, el mismo pan no se fabrica. Las tiendas están vacías; abiertas, abiertas de par en par a la calle, pero vacías. Sin nadie que las mire, sin nadie en las cajas, sin nadie para encender o apagar las luces. En los hipermercados, una persona puede llevar a casa todo lo que quiera en los carritos metálicos. Pero, si no tuviera una moneda, no puede tomar ni siquiera un carrito, porque no hay dónde cambiar la moneda.

Por supuesto, hay cosas buenas. Las televisiones dejaron de funcionar. Se acabaron las telenovelas, las «novelas de la vida real», y la ironía es que se acabaron precisamente en el momento en que se multiplicó por mil el número de autores de telenovelas y al fin iba a haber alguna variedad en la industria. Sólo que ya no hay nadie para filmar: actores, operadores de cámara, maquilladoras, realizadores, productoras, asistentes de realización, equipos de luminotecnia, guardarropa, posproducción y montaje, están todos cada uno por su lado escribiendo la novela de sus vidas. También, ¿habrá a que decirlo?, ya no hay boletín meteorológico. Me temo que suceda lo peor si los barcos van al mar sin saber qué mal tiempo los espera. Pero inmediatamente me doy cuenta del disparate que acabo de decir. Ya no hay nadie para hacerse a la mar, los pescadores abandonaron las redes, los arpones, las cubiertas, los cebos, y todos están con papel y pluma escribiendo relatos de naufragios, aventuras con peces de nombres impronunciables, palimpsestos de Moby Dick, las versiones mejoradas (y adaptadas a los tiempos modernos) de la novelita de Hemingway, El viejo y el mar.

Hace poco dije que era el único que había leído el último comunicado del gobierno. Después corregí y dije no, tal vez no haya sido el único. Tal vez no lo sea, de hecho, pero hasta ahora no sé dónde están los demás, esos otros que aún no han sido alcanzados por esa locura colectiva, ni si serán como yo o si ellos mismos habrán sufrido alguna mutación. No sé por qué me quedé inmune al virus. ¿Tendré que ver con mi ADN, mi código genético, con mi tipo de sangre, con la insuficiencia (o el exceso) de colesterol en mi sangre? Me faltan los conocimientos científicos para poder decirlo sin correr el riesgo de ser «inapropiado, sobre todo en esta ocasión» de caer en la ficción científica del delirio fantástico disfrazado de saber objetivado.

Si no soy la única persona en el mundo que, en este momento, en este tal vez último momento de la humanidad, lee lo que otros escriben, ¿dónde están mis camaradas de armas? ¿Será posible reunirnos y crear un bastión de resistencia, una organización underground que luche contra la epidemia y, a través del estudio, de la lectura, de la experimentación teórico-práctica, encuentre una solución para devolver la salud a los hombres y poner de nuevo el mundo a funcionar? No lo sé. Confieso que no tengo mucha esperanza.

Yo soy un lector. Sé lo que soy: leo lo que otros escriben. Lo hago hasta compulsivamente. Es mi rutina desde hace muchos años. Por la mañana, a la hora del desayuno, aunque no tenga un periódico por delante, las páginas con la tinta aún fresca acariciando la taza de café, mis ojos recorren instintivamente la mesa, buscando palabras, letras, frases para leer: «Corn Flakes», «rico en vitaminas y minerales», «Tienda 18. Calle Camilo Castelo Branco, 15-A», «Planta» margarina vegetal, 250 gramos... Después, a medida que el día avanza, voy leyendo todo: todos los periódicos, todos los anuncios, todos los números de todas las puertas, todos los nombres de todos los médicos en la placa del policlinico que está en la calle por la que paso «y paso los ojos» todos los días. Leo todas las novelas que me pasan enfrente, leo todos los ensayos que puedo leer, todos los poemas que pasan por mis manos cuando, a la hora del almuerzo, voy a comer un miniplato en la barra de la pastelería del barrio donde queda mi empleo, en el cual tengo la función de leer todos los documentos que ponen encima de mi escritorio para ese debido efecto, que es que yo los

lea.

Â Â Â Â Â Es verdad, no sÃ© por quÃ© milagro me quedÃ© inmune al virus. Y lo gracioso es que no siempre fui asÃ-. De joven mismo intentÃ© escribir. Â¡Se puede vivir sin haber intentado escribir! Aunque en ese momento, debo decirlo, habÃ-a mucha menos gente escribiendo. Eran otros tiempos, habÃ-a mucho analfabetismo, era una vida de trabajo. DespuÃ©s descubÃ- que preferÃ-a leer. Mayor libertad, mayor comodidad, mÃ¡s tiempo libre. SÃ³lo ventajas. Pero antes, confieso, yo mismo tenÃ-a la manÃ-a de escribir. Nada especial, creo: unos poemitas, uno que otro cuento, dos o tres esbozos de diÃ¡logos para teatro. Pero no vale la pena ocultarlo, yo tenÃ-a la manÃ-a de que sabÃ-a escribir.

Â Â Â Â Â QuizÃ¡s por eso me habÃ-a quedado inmune, probablemente mi pecadillo de juventud â€”Â¡querÃ-a ser escritor!â€” funciona como vacuna. Hasta hoy, eso me protege, lo admito, pero no sÃ© ya hasta quÃ© punto es una bendiciÃ³n o una maldiciÃ³n. Soy un lector en un mundo de escritores, y eso me hace sentir muy solo. Porque todos escriben, pero nadie lee lo que otros escriben. Nadie sino yo. No tienen tiempo. EstÃ¡n tan absortos contando su historia, concibiendo su monumento de imaginaciÃ³n y arte, que no tienen tiempo para leer. No es cuestiÃ³n de tener tiempo: es que, simplemente, ya no lo consiguen.

Â Â Â Â Â No lo consiguen. No pueden leer. Y, cualquier dÃ-a, ya ni siquiera sabrÃ¡n leer. Las lenguas van a terminar asÃ-, incluso antes que el mismo mundo, porque cada uno va a escribir mÃ¡s y mÃ¡s en su propia lengua, en su cÃ³digo muy personal, olvidÃ¡ndose de que la comunicaciÃ³n tiene dos sentidos y de que, para ser comprendidos, hay que compartir los elementos para esa compresiÃ³n. No leen. Ãnicamente escriben. Mueren. Tal es la potencia, la perversiÃ³n demente del virus. *

Â¿Y usted? No sÃ© si existe, querido/a compaÃ±ero/a de supervivencia en este mundo en colapso. Si lee esto, es porque todavÃ-a existe, y entonces se entera de que, en algÃºn lugar del planeta, tal vez incluso en su ciudad, hay alguien que comparte sus miedos, sus angustias, pero tambiÃ©n sus esperanzas. Y tal vez podamos encontrarnos, serÃ-a bueno que intercambiÃ¡ramos unas ideas sobre el tema para unir esfuerzos y buscar a otros como nosotros: lectores inmunes al bicho de la escritura. Bien sÃ© que su primera reacciÃ³n tal vez sea pensar: Â«Este tipo estÃ¡ tratando de engatusarme. Â¿%o! mismo es un escritor, no un lector de verdad. Â¿%o! mismo ha sido contaminado y estÃ¡ tratando de hacerme creer que no, probablemente con algÃºn fin poco honestoÂ».

Â Â Â Â Â EstÃ¡ en su pleno derecho de pensarlo, yo tambiÃ©n lo pensarÃ-a si diera con una historia asÃ-. No somos desconfiados por naturaleza sino por cultura, y nunca nadie ha perdido al desconfiar del vecino. Solamente le pido el beneficio de la duda. Â¿Le pido? Se lo ruego. AquÃ- donde me ve, estoy de rodillas, implorÃ¡ndole que crea en mÃ-. Esto no es una historia, esto no es ficciÃ³n. SÃ³lo estoy, genuinamente, tratando de establecer contacto con alguien que exista del otro lado de la pÃ¡gina. Le estoy extendiendo la mano. Por favor, considere la posibilidad de extenderme la suya.

Â Â Â Â Â Una palabra mÃ¡s. No escriba respondiÃ©ndome. Bien sÃ© que tal vez es inmune, nunca se sabe. Aparezca, nada mÃ¡s. Yo sabrÃ© reconocerlo, y usted tambiÃ©n me reconocerÃ¡ con facilidad. Seremos los Ãnicos â€”en la plaza, en el jardÃ-n, en la calle, en el cafÃ©, dondequiera que nos encontremosâ€” sentados pacÃ-ficamente, con una sonrisa en los labios, y un libro, abierto, en la mano. TraducciÃ³n del portuguÃ©s de Renato Sandoval Bacigalupo